

Ética y felicidad: Propuestas éticas para la educación en valores

Ethics and Happiness: Ethical Proposals for the Education in Values

ANTONIO RODRÍGUEZ LÓPEZ
DOCTOR EN FILOSOFÍA
PROFESOR TITULAR. CES DON BOSCO

Resumen

Todos ansiamos sentirnos felices, sentirnos dichosos. Es claro que el dinero como bien supremo solo sirve para algunas cosas. Al final nos quedan los valores, o sea, los objetos, las personas, las acciones, sobre todo las personas. El hombre está hecho para vivir con otros y solo con otros. Esta forma de vivir se puede afrontar desde el conflicto, la convivencia e incluso desde el placer de vivir juntos. El artículo presenta diferentes opciones éticas en busca de la felicidad y plantea la opción por una vida ética como único camino hacia la felicidad.

Palabras clave: valores, felicidad, persona, ética.

Abstract

We all want to feel happy and blessed. It is quite obvious that money as the supreme good is only useful for a limited range of things. What remains in the end are just the values, that is, objects, actions, and above all the people. Human beings have been made to live together with other human beings. However, this way of living can be approached as a conflict, a cohabitation or even the pleasure of living together. This paper presents different ethical choices in the search for happiness and claims for an ethical life as the only path to happiness.

Key words: values, happiness, person, ethics.

1. LA CRISIS ÉTICA COMO BASE DE TODA CRISIS SOCIAL Y/O ECONÓMICA

Los difíciles años económicos que hemos vivido, y seguimos viviendo, nos han dejado muchas líneas escritas sobre el porqué y el cómo del origen de dicha crisis económica. Es cierto que en la mayoría de los casos se ha llegado a un consenso de que detrás de ésta ha habido un gran desfaldo ético. Detrás de la libertad de mercado, sí y por desgracia, ha habido muchos comportamientos éticamente reprobables.

La conciencia, ese *algo* de nuestro ser que no nos debería dejar dormir tranquilos cuando hacemos el mal, parece que no ha funcionado correctamente en todas las personas o quizá no del mismo modo. No hablo en ningún caso de la conciencia de las instituciones, porque la conciencia es algo personal e intransferible. La única conciencia de las instituciones, en cualquier caso, podría ser la de sus dirigentes.

A lo largo de esta crisis nos hemos encontrado con personas que han tenido comportamientos reprobables desde todos los ámbitos civiles. En muchos casos la única explicación que han ofrecido es su justificación en que ellos forman parte de un sistema que no pueden cambiar, ya sean bancario, sanitario, educativo, empresarial... Sí, por extraño que parezca hay ciudadanos que hacen el mal sin mala conciencia, o mejor dicho, conscientes de que ellos no entran en la dinámica del engaño, es este injusto mundo el que se los lleva por delante, por tanto su única salida para sobrevivir e incluso para seguir vivos e incluso para poder alimentar a sus familias es comulgar con ruedas de molino, o sea, engañar.

Hay ocasiones en las que hemos tenido la suerte de encontrarnos con personajes públicos del mundo de la política, del deporte o del espectáculo que durante años han defraudado a la hacienda pública. Son estas mismas personas las que a menudo han salido en los medios de comunicación como adalides de la ética, del esfuerzo y del sacrificio. Es casi mejor no citar a nadie y de este modo no dejamos a ninguno fuera. ¡Cuántos mitos se ha llevado por delante esta crisis económica!

Sí, sí, es cierto, la sensación del ciudadano es que durante muchos años hemos estado pagando impuestos y no siempre se han empleado del modo éticamente correcto. En el fondo siempre aparece la pregunta de quién controla al controlador... quién puede asegurarnos, garantizarnos que las perso-

nas siempre nos comportemos acorde a unos determinados valores que entendemos como positivos. Efectivamente, esta pregunta tiene una respuesta variada pero al final la única forma de controlar al controlador, al regulador, al juez, al político, al empresario, al trabajador, al deportista... es el propio autodomínio, el propio autocontrol, o sea, tú mismo, tu propia ética, tu conciencia, tus valores, tus principios... tu mayoría de edad ética en palabras de Kolberg, tu autonomía moral en palabras de Kant.

Es maravilloso recordar el pasaje bíblico que nos recuerda que *si no quieres que algo se sepa, no lo hagas*. Convendría a algunos haber leído más la Biblia para saber que todo tarde o temprano acaba saliendo a la luz pública. Esa es mi experiencia y quizá la de la mayoría de los ciudadanos, que todo tarde o temprano acaba sabiéndose. Es verdad que a veces tenemos noticia de este tipo de comportamientos demasiado tarde. Intuyo, espero que no erróneamente, que muchos de los que públicamente han cometido delitos jamás los hubieran cometido si supieran que más pronto que tarde todos estos comportamientos saldrían a la luz.

Esta actitud, aún nos sumerge más en la crisis ética que intento describir. Es más, la conciencia ha quedado tan aniquilada que se ha podido llegar a la conclusión de que algunos comportamientos lamentables no son malos en sí, lo son porque al conocerse nos traen consecuencias perniciosas para nosotros mismos. El mal o el bien son profundamente relativos a lo que me hace bien o mal desde el punto de vista de la fama, el poder o el dinero. En ningún caso algo es malo porque mis valores, mi conciencia o mi perspectiva ética así lo entiendan, sino porque así me conviene en este momento. La suma de comportamientos de este tipo nos presenta una sociedad vacía de contenidos morales en la que la expresión popular *el más tonto hace relojes*, nos anima a hacer el mal o, por lo menos, a pensar solo en nosotros mismos más allá del bien común, expresión de un pasado tomista.

Este artículo pretende añadir un granito de arena en la tarea de prevenir a nuestra sociedad para que lo que nos ha pasado como sociedad no nos vuelva a pasar, aunque me temo de antemano, querido lector, que es casi misión imposible.

Durante mis años de estudiante de filosofía me interesó mucho la filosofía moral y ética. De hecho, he de decir que quizá es la única parte que me interesa de la filosofía. Creo que la ética y la filosofía práctica es la única filosofía

que se dedica al ser humano y no tanto en cuanto a cómo conoce el hombre, esto es la Gnoseología o Teoría del conocimiento, sino a la que se pregunta por el deber y el ser del hombre. A este tipo de saber lo hemos llamado filosofía práctica, moral o ética. Creo que toda filosofía que se aleje del hombre solo sirve para deleite del propio autor.

La juventud —a veces falta de lectura, conocimiento y experiencia— nos lleva a aceptar como válidos solo algunos planteamientos e incluso se puede tener la tentación de soñar y de querer cambiar el mundo que nos rodea. A medida que vamos creciendo y madurando, la situación se complica y, en la mayoría de las ocasiones, lo único que podemos hacer es intentar sobrevivir sin ocuparnos mucho de la ética o, como mucho, pensar en la ética dentro de nuestro círculo más íntimo, esto es, la educación de nuestra familia, hablar de cómo los políticos deberían gestionar nuestra sociedad etc. Mientras tanto, la tarea de la mayoría de los ciudadanos tiene mucho más que ver con un intento de supervivencia que con un intento de querer mejorar nuestro mundo y nuestra sociedad.

El mundo de la ética se diluye entre conceptos y diferentes opiniones tan opuestas y excluyentes como complementarias en muchas ocasiones. A continuación voy a intentar esbozar un pequeño antídoto anticrisis desde el imperativo categórico kantiano, pasando por la voluntad de poder nietzscheana, reflexionando sobre la filosofía de los valores de Scheller y tomando como modelo la vida al servicio de Jesús de Nazareth.

El punto de partida es una premisa aristotélica: *hemos sido creados para ser felices, ese es nuestro destino, esa es nuestra tarea...* El éxito de nuestra vida lo será o no en función de que acertemos o no con el camino que más nos gusta y mejor nos hace sentir.

En los siguientes puntos voy a intentar esbozar diferentes respuestas éticas, o modelos de caminos en la búsqueda de la felicidad. He escogido cuatro autores diferentes y complementarios en sus modelos de propuesta ética: Kant, Nietzsche, Scheller y Jesús de Nazareth.

2. EL IMPERATIVO CATEGÓRICO KANTIANO

El siglo de la Ilustración se nos presenta bajo el gran lema *sapere aude*, atrevete a pensar. A éste, Kant añade «atrevete a pensar por cuenta propia». El

impulso originario kantiano es la búsqueda de la mayoría de edad en el pensamiento, propuesta que comparte con la Ilustración. La sugerencia kantiana me parece fascinante. Su modelo es una ética formal y autónoma.

Kant comienza su obra *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* afirmando que ni en el mundo ni fuera del mundo existe nada que podamos denominar como enteramente bueno o malo salvo la buena o la mala voluntad. ¡Grandioso!

Ni en el mundo ni, en general, fuera de él es posible pensar nada que pueda ser considerado bueno sin restricción excepto una buena voluntad. El entendimiento, el ingenio, la facultad de discernir, o como quieran llamarse los talentos del espíritu; o el valor, la decisión, la constancia en los propósitos como cualidades del temperamento son, sin duda, buenos y deseables en muchos sentidos, aunque también pueden llegar a ser extraordinariamente malos y dañinos si la voluntad que debe hacer uso de estos dones de la naturaleza y cuya constitución se llama propiamente carácter no es buena. Lo mismo sucede con los dones de la fortuna. El poder, la riqueza, el honor, incluso la salud y la satisfacción y alegría con la propia situación personal, que se resume en el término felicidad, dan valor, y tras él a veces arrogancia, si no existe una buena voluntad que dirija y acomode a un fin universal el influjo de esa felicidad y con él el principio general de la acción; por no hablar de que un espectador racional imparcial, al contemplar la ininterrumpida prosperidad de un ser que no ostenta ningún rasgo de una voluntad pura y buena, jamás podrá llegar a sentir satisfacción, por lo que la buena voluntad parece constituir la ineludible condición que nos hace dignos de ser felices. (p. 53).

Pero ¿qué es la buena voluntad para Kant? A propósito de esta pregunta se han escrito numerosos tratados, sin embargo, creo que Kant, que aboga por una ética formal y autónoma donde su imperativo categórico sirva como faro para concretar lo que él entiende como buena o mala voluntad, lo deja meridianamente claro. Es bueno todo aquello que es hecho por deber y es malo todo aquello que no es hecho por deber aunque podamos pensar que es bueno.

Toda filosofía debe tener como punto de partida un hecho universal y necesario, y este hecho en el campo de la razón práctica, se llama *hecho moral* que es tan universal y necesario como el *hecho científico*.

El hombre es un ser moral, reclamado por el deber, es un ser atraído por un deber, y esta realidad es un hecho universal y necesario. Este deber está implicado en todas las morales, pues no sólo hay un orden del ser, de la realidad, sino también un orden de lo práctico. La realidad no sólo se presenta para ser conocida, sino también para ser practicada, no sólo se presenta a la razón teórica, sino también a la razón práctica, no sólo existe el orden del ser, sino también el orden del deber ser. De este modo Kant plantea por vez primera en la historia la ética filosófica.

En su opinión, las anteriores están cargadas de sentidos descriptivos, de preceptos morales que no son pura ética filosófica sino moral. La ética filosófica analiza todos los conceptos. Lo diferenciador de la razón práctica es estudiar el fundamento de las costumbres, no dar principios descriptivos y morales.

Lo característico de la ética es el deber (el hombre es un ser reclamado por el deber), por tanto, cuando pensamos en los juicios éticos, a diferencia de los científicos, su cópula será: *deber ser o no deber ser*. Todo tema moral es algo del deber; la ética nos manda algo; supone un imperativo, un mandato. ¿Qué mandato y qué imperativo utiliza la ética?, ¿Cuántos imperativos hay?

1. **Imperativo hipotético:** es aquél que manda u ordena la acción, pero bajo alguna condición: *corre, si quieres llegar a tiempo*. Kant va a distinguir dos tipos:
 - **Hipotético problemático:** cuyo fin es meramente posible: *si quieres nadar, tienes que meterte en el agua*.
 - **Hipotético asertórico:** cuya condición se ofrece de antemano: *si quieres vivir, debes comer*.
2. **Imperativo categórico:** ordena o manda la acción sin condición alguna: *hay que hacer el bien*.

¿Qué imperativo es el más apropiado para la Ética? Si hay que elegir un imperativo, este tendrá que ser el **imperativo categórico**, porque el fin de la ética es universal y necesario, y el imperativo hipotético es condicional. Así nos dice que la historia de la ética nos muestra que se ha basado en hipotéticos asertóricos, porque todos ellos mandan la acción bajo una condición que es apetecida de antemano. Por ejemplo la ética hedonista decía: *obra de tal*

manera que consigas el mayor placer posible; la eudemonista: obra de tal manera que te valga para conseguir la felicidad; la utilitarista: obra de tal manera que consigas el mayor beneficio o utilidad posible. Todas esas éticas son condicionadas, no ordenan la acción moral en sí y por sí misma, sino siempre subordinada a conseguir aquel fin u objeto ajeno a la obligatoriedad de la acción moral. Son éticas o morales materiales, por perseguir fines u objetos condicionados a proporcionar al sujeto algún beneficio, provecho o utilidad. Son morales que escapan en su norma al orden de la ética misma.

Son éticas o morales heterónomas, es decir, su norma no les viene de ellas mismas, sino del exterior. Son morales interesadas, condicionadas y egoístas, que necesitan fundarse en una metafísica. Y ¿desde cuándo el egoísmo puede ser principio moral?

Una ética cristiana, reclama una metafísica en la cual se haya afirmado a Dios; una ética existencialista supone una metafísica del ser del hombre, en cuanto libre. La ética debe fundamentarse en sí misma, deber ser la que fundamente a la metafísica. La ética deber ser formal, que la acción en sí y por sí misma no esté condicionada a conseguir ningún otro fin o cosa. La obligatoriedad de la acción le debe venir dada desde el foro de la propia conciencia y en forma de imperativo categórico en el cumplimiento del propio deber: *tienen que cumplir el deber por el deber, simplemente porque es tu deber*, sin miras a que te lo premien o te lo puedan castigar. Esto es una ética formal, y, además, es autónoma porque manda la acción moral por sí misma, sin condicionar a nada; es la propia conciencia la que da las leyes e imperativos categóricos (*lo único bueno, en el mundo, y fuera de él, sin limitación alguna, es la propia voluntad*). La voluntad moral es ley y es la única ley moral a la que el hombre debe obedecer.

Kant ofrece dos formulaciones del imperativo categórico:

- «Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad sirva de regla universal».
- «Obra siempre de modo que trates a la humanidad como fin y nunca como medio».

El análisis del hecho moral y de la conciencia moral nos lleva a establecer las condiciones de la posibilidad de la moralidad. Estas condiciones o postulados son: libertad, inmortalidad y existencia de Dios.

1. **Libertad:** para que el imperativo categórico pueda imponerse a una voluntad absoluta. Se necesita una condición: que la voluntad sea libre. Si existe un deber acerca de una ley, es porque se puede cumplir esa ley. Ahora bien, en el campo del mundo fenoménico no cabe hablar de libertad, puesto que allí imperan las categorías del entendimiento y, entre ellas, la causalidad, que encadena necesariamente unas condiciones a otras. La libertad debe ser algo ajeno al mundo fenoménico, algo que debe pertenecer, por tanto, al mundo noumenal o metafísico. La libertad no es pues algo experimental, sino transfenoménico o noumenal.
2. **La inmortalidad del alma:** la obligación de realizar el bien, tal y como se impone por el imperativo categórico, es absoluta. No puede ser relativa al tiempo, sino que debe ser una realización sin fin. Tal necesidad está en consonancia con la libertad de la voluntad. Siendo el objeto moral del hombre la consecución de la santidad, se necesita una duración indefinida (inmortalidad) para llegar a realizarla. Luego el alma es también una exigencia del hecho moral y una realidad transfenoménica o noumenal.
3. **Dios:** en el mundo fenoménico encontramos una disconformidad entre lo que es y lo que debe ser. La perfección del orden moral exige que más allá del mundo fenoménico se dé la conformidad del ser y del deber ser. Esta unión del orden real con el ideal es Dios, y por tanto, el punto de unión del bien sumo con la suma felicidad.

Con la crítica de la razón práctica, Kant ha abierto la posibilidad de llegar a los objetos metafísicos, pero no por la vía racional teórica, sino como postulados de la moralidad. Estos postulados, al no ser científicos, no son conocidos sino exigidos: libertad, inmortalidad y Dios son exigidos como necesarios, no conocidos. Son postulados y frente a ellos no hay conocimiento, sino adhesión a ellos, fe, pero no en sentido religioso, sino como adhesión. Y al acto de afirmar estos postulados, lo llama Kant, *creer*.

La realidad es puro objeto de adhesión, no de conocimiento. Yo la afirmo, creo en ella, pero no la conozco. Son tres realidades metafísicas. Por esto la metafísica no es ciencia, sino creencia.

3. NIETZSCHE O LA VOLUNTAD DE PODER

Nietzsche vivió la segunda mitad del siglo XIX. Es la época de unificación de Alemania y la ruptura del mapa de Europa fijado en el Congreso de Viena. Los alemanes entran en guerra contra los austriacos y franceses, por lo que se anexionan territorios antes independientes o bajo dominio austriaco al territorio alemán. Con la anexión de Sedán y Metz se completó la unificación alemana. En la primera de estas guerras participó el propio Nietzsche en tareas auxiliares.

Durante el mismo período asistimos a los grandes movimientos sociales, obreros, marxistas y anarquistas con la fundación de la primera (1864) y la segunda (1889) internacional obrera. Sin embargo, Nietzsche apenas prestó atención a estos movimientos y, cuando lo hizo, fue para descalificarlos como doctrinas partidarias de la moral de rebaño. En el aspecto filosófico, Nietzsche representa la crítica más extremada a todo lo que constituye un sistema. Hegel había intentado presentarnos la historia de la humanidad (y hasta del universo) como un sistema lógico racional, es decir, como una realización plena de sentido. Nietzsche, en contraposición, representa un grito contra el pasado: todo el pasado ha sido un error tremendo, una tremenda equivocación.

Tanto Hegel como Nietzsche examinan el pasado con profundidad, pero ambos perciben realidades completamente diferentes. Hegel comprende y justifica todo mientras que Nietzsche lo condena. La dialéctica de Hegel es negada por Nietzsche en nombre de la exaltación de lo individual. El logos hegeliano es anulado por la moral noble, individual y dionisiaca de Nietzsche.

Las líneas claves de su pensamiento son su profesión al ateísmo lanzada al mundo con la famosa expresión *Dios ha muerto* y la transmutación de los valores. Al defender la vida como valor supremo, arremete contra los valores tradicionales en el campo filosófico y en el religioso. Son célebres sus invectivas contra las virtudes cristianas y contra los valores espirituales defendidos por el cristianismo, y que dan lugar a la moral de los esclavos. Sobre ellos tiene que triunfar la moral de los señores de los que, estando llenos de vida, pueden imponer su fuerza.

El problema de Nietzsche es llegar de lo negativo a lo positivo. Así, Nietzsche, por un lado se muestra como el destructor de los ídolos y, por otro, afirma

que siempre está dibujando ante sí nuevos ideales. Tal contradicción muestra un proceso peculiar: se trata de destruir los viejos ideales que carecen ya de vida para constreñir los ideales del futuro. De ahí la actividad efectiva: negar y afirmar, destruir y crear, aniquilar y producir. El aspecto negativo lo pone a cargo del entendimiento que critica, y el aspecto positivo a cargo de la historicidad que es vida. Sólo en el fuego purificador de lo racional el hombre puede percatarse de su historicidad positiva. Sólo cuando se siente esta separación entre lo racional y lo vital surgen las preguntas de la duda: ¿qué es el hombre?, ¿la verdad?, ¿la historia?, ¿el mundo?

3.1. El hombre

Para Nietzsche todo lo válido comienza a ser caduco. Esto hace que con respecto al hombre encuentre en un análisis racional la miseria del hombre actual e intente establecer una meta ideal que el hombre debe alcanzar. Así, partiendo de la existencia dada al hombre, del hombre tal como nos lo muestra la psicología, encuentra en la absoluta espontaneidad de la libertad humana el medio mediante el que el hombre se produce a sí mismo; y le enseña un ideal que el hombre debe alcanzar, algo que no es una realidad, sino un ideal que el hombre debe llegar a ser: el superhombre.

Nietzsche (2002) en el siguiente párrafo expresa la necesidad de la crítica a los valores morales:

Necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquéllos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como freno, como veneno), un conocimiento que hasta ahora ni ha existido ni tampoco se lo ha siquiera deseado. Se tomaba el valor de esos valores como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda; hasta ahora no se ha dudado ni vacilado lo más mínimo en considerar que el bueno es superior en valor al malvado, superior en valor en el sentido de ser favorable, útil, provechoso para el hombre como tal (incluido el futuro del hombre). ¿Qué ocurriría si la verdad fuera lo contrario? ¿Qué ocurriría si en el bueno hubiese también un síntoma de retroceso, y asimismo un peligro, una seducción, un veneno, un narcótico, y que

por causa de esto el presente viviese tal vez a costa del futuro? ¿Viviese quizá de manera más cómoda, menos peligrosa, pero también con un estilo inferior, de modo más bajo?... ¿De tal manera que justamente la moral fuese culpable de que jamás se alcanzasen una potencialidad y una magnificencia sumas, en sí posibles, del tipo hombre? ¿De tal manera que justamente la moral fuese el peligro de los peligros? (p. 28).

3.2. La moral

El hecho de que el hombre sea el único animal todavía no fijado le da la capacidad de cambiar. Y esta capacidad de cambio que no se agota en la variación propia según la naturaleza exigida por sus propias leyes, como en los demás, constituye su libertad.

El hecho de la libertad introduce el problema de la moralidad: el hombre que no se somete determinadamente a las leyes de la naturaleza obedece a una moral, con cuyo sometimiento llega a ser lo que es. Pero Nietzsche reacciona contra todas las morales concretas que han existido. La multiplicidad de las morales concretas y el hecho del origen de las mismas demuestran su falta de valor. Si son muchas, ninguna pretenderá tener un valor universal. Si estudiamos sus orígenes, encontramos que han surgido siempre para afirmar a unos pueblos contra otros, o a clases sociales... Con ello Nietzsche no pretende acabar con toda sujeción del hombre, sino que quiere encontrar el *ser* auténtico del hombre dentro de unas nuevas exigencias: sustituir la conciencia de libertad por la actividad creadora y suplantar el *deber ser* de la moral por la naturaleza misma. Sí es cierto que al creer en la moral condenamos a la vida, se tendrá que aniquilar la moral para liberar a la vida. Hay que atreverse a ser inmoral, como la naturaleza. El hombre en sus fuerzas más altas y más nobles es naturaleza por completo, estando esto exigido por la naturaleza, por su verdad. Las morales concretas no han sido más que el engaño de los débiles frente a los fuertes.

Nietzsche (2002), que distingue entre la moral de los esclavos y la de los señores, tiene párrafos muy clarificadores de su pensamiento en torno a la moral judeo-cristiana o de los esclavos:

Pero este es el hecho: la rama de aquel árbol de la venganza y del odio, del odio judío –el odio más hondo y más sublime, esto es, crea-

dor de ideales y transformador de valores, cuyo par jamás ha existido sobre la tierra— produjo algo asimismo incomparable, un nuevo amor, la más honda y más sublime de toda clase de amores: ¿y de qué otra rama hubiera podido brotar... ¡Pero no se crea que tal amor haya surgido como la expresa negación de aquella sed de venganza, como la antítesis del odio judío! ¡No! ¡Lo inverso es verdad! Este amor brotó del odio como su corona, como la corona triunfal que se despliega más y más ancha en la pura claridad del mediodía y que con el mismo impulso, por decirlo así, hacia el reino de la luz y de la altura, apuntó a los fines de aquel odio, a la victoria, al botín, al soborno, con lo que las raíces de aquel odio penetraron, cada vez más profundas y más ávidas, en cuanto tenía de hondura y era malo. Este Jesús de Nazaret, vivo Evangelio del amor; este Salvador, que traía la bienaventuranza y la victoria a los pobres, a los enfermos y a los pecadores, ¿no fue justamente soborno en su forma más siniestra y más irresistible, el soborno y el rodeo para llegar a aquellos valores e innovaciones judaicas del ideal? ¿No ha alcanzado Israel —justamente por el rodeo de este Salvador, de este aparente adversario y destructor de Israel— el último fin de su sublime sed de venganza? (p. 47).

3.2.1. Moral de los esclavos

Cultura a contrapelo de la vida, que, apoyándose en ideales transcendentales, en valores morales, en las exigencias de la razón o en otro género de entidades suprasensibles, supuestas o ficticias, conduce a sojuzgar los instintos vitales, a anular las pasiones y, en último término, a someter a los seres humanos fuertes, enérgicos y aristocráticos, hasta reducirlos a animales de rebaño, domesticados y mediocres; se trata, en fin, de una cultura decadente, propensa a pensar contra los seres humanos libres.

3.2.2. Moral noble o de los señores

Vive en plena aceptación de la vida tal y como es, aceptando todas las consecuencias de la muerte de Dios y del nihilismo consecuente (nihilismo, en sentido positivo), que supone la eliminación de todos los obstáculos y trabas que dificultaban la plena realización de los seres humanos. La muerte de Dios lleva consigo la transmutación de los valores y la plena aceptación del sentido de la tierra, es decir, el reconocimiento de que la vida consiste en

una existencia exclusivamente mundana, mortal, que no existe ningún alma distinta del cuerpo y que todos los valores son meras invenciones. Contrapone Dionisos al crucificado: *Dionisos contra el crucificado*.

3.3. La muerte de Dios

Constituye para Nietzsche un fenómeno histórico y consiste en el mero hecho de que se ha descubierto que el concepto de Dios carecía de significado. Pero qué era Dios, el conjunto de todos los valores, de todas las verdades y de todas las grandes categorías y aspiraciones de la historia de occidente, lo cual, en el lenguaje de Nietzsche, equivale a decir que el conjunto de las materias, tergiversaciones y falsificaciones inventadas contra la vida terrenal y los sentidos. A este respecto, la muerte de Dios se ha producido porque se ha descubierto que todos los fundamentos, ideas y valores de la civilización occidental carecían en absoluto de consistencia, que eran completamente vacíos. Así pues, *Dios ha muerto*, y en la muerte de Dios nos hemos quedado a oscuras, sin brújula: todo código moral, religioso, jurídico, etc. carece de sentido. No existen el bien y el mal, ni el acierto y el error. Todos los mandatos y prohibiciones han desaparecido. Nada ni nadie puede indicarnos nuestras obligaciones: todo está permitido. La consecuencia de este proceso ha sido la llegada al nihilismo total.

El concepto de Dios significa la síntesis de todas las tergiversaciones y engaños de la moral greco-cristiana. Por tanto, la muerte de Dios supone la superación de esta situación, la transmutación de los valores, y la plena aceptación del sentido de la tierra, es decir, el reconocimiento de que la vida humana consiste en una existencia exclusivamente mortal. Ni existe ningún alma distinta del cuerpo. La muerte de Dios y la transmutación de los valores conducen a la idea del superhombre. Pero ¿qué es el superhombre?

Desde luego, el superhombre, tal y como lo concibe Nietzsche, no tiene nada que ver con la raza superior imaginada por el delirio hitleriano, ni con la concepción evolucionista de Lamarck o Darwin. El superhombre pretende ser el más allá del ser humano. El superhombre es el ser humano totalmente libre e inocente (el niño o aventurero) de carácter dionisiaco, fuerte y seductor, que ha aceptado los nuevos valores vitales y a quien nada le está prohibido salvo la debilidad. El superhombre es el sentido de la tierra.

3.4. El Superhombre

Las clases de hombres que nos da la psicología sobre los tipos que encontramos en la realidad histórica tienen siempre algo de insuficiente. Ahora bien, eso ha producido que el hombre levante su morada hacia un tipo de hombre superior. Pero esto ha constituido un fracaso, porque el hombre ha terminado por destruirse a sí mismo por una insatisfacción que le confunde. Esto debe ser sobrepasado.

Existe una última posibilidad: el Superhombre. Nietzsche encuentra en la consideración de los héroes de la historia, el fracaso de los hombres superiores. Ahora bien, si el hombre ha fracasado visiblemente, es necesario superar al hombre. Hay que esperar que llegue el salvador que sea capaz de triunfar sobre Dios y la nada. Es decir, un verdadero sustituto de la divinidad. Nada de extraño que Nietzsche grite continuamente: «Dios ha muerto, ahora queremos que viva el superhombre».

3.5. La voluntad de poder

Significa la voluntad de autoafirmación, es decir, la plena aceptación de la muerte de Dios y la vivencia del nihilismo en su significado más positivo. De este modo, los antiguos valores del crucificado son sustituidos por la vitalidad de Dionisos. La voluntad de poder significa, pues, la plena aceptación de la vida en su total ausencia de sentido, en su total carencia de brújula. Pasar la esponja sobre el horizonte cultural y dejarlo completamente vacío.

3.6. El eterno retorno

Nietzsche presenta el eterno retorno como la última prueba que ha de soportar el superhombre, la más alta fórmula de la actitud afirmativa de la vida, en virtud de la cual (voluntad de afirmación, voluntad de poder) se dice sí a la vida tal y como ella es, sin ningún tipo de disimulo ni subterfugio. De acuerdo con el espíritu dionisiaco, se trata de aceptar íntegramente la vida, sin edulcorantes, incluso en sus aspectos más escabrosos, tétricos y crueles; se trata de aceptar acontecimientos del pasado y del futuro en todas sus dimensiones, y no sólo aceptarlos, sino también amarlos tal y como son, *Amor Fati*.

Nietzsche nos invita a *imprimir el sello de la eternidad en el horizonte*. Aceptar el eterno retorno significa aprobar la totalidad de nuestras propias

decisiones, y la totalidad de las decisiones de la humanidad, querer que todo permanezca y que todo retorne.

4. LA FILOSOFÍA MORAL DE SCHELER

La axiología de Scheler nos introduce en la teoría sobre la objetividad de los valores que se presentan como algo objetivo y según dos rasgos clasificatorios fundamentales: polaridad y jerarquización.

- La *polaridad* tiene que ver con su ser positivo o negativo, a diferencia de las cosas que siempre son positivas.
- La *jerarquización* hace referencia a la idea de que cada valor hace presente que es igual, inferior o superior a otros valores. Esta jerarquización da lugar a una escala de valores que Scheler ordena de menor a mayor en cuatro grupos:
 1. Los *valores del agrado*: dulce-amargo.
 2. Los *valores vitales*: sano-enfermo.
 3. Los *valores espirituales*, éstos se dividen en:
 - 3.1. *Estéticos*: bello-feo.
 - 3.2. *Jurídicos*: justo-injusto.
 - 3.3. *Intelectuales*: verdadero-falso.
 4. Los *valores religiosos*: santo-profano.

Para Sánchez-Migallón (2007), la teoría de Scheler valoriza cada acción, gesto u objeto:

Los objetos que pueblan el mundo en que vivimos poseen cualidades de lo más variadas: formas, tamaños, colores, sonidos, pesos, etc. Pues bien, Scheler sostiene que algunos objetos, la mayoría, poseen también otro tipo peculiar de cualidades: las cualidades de valor. Se trata de unas cualidades que no son naturales, como las enumeradas antes, pero tampoco son propiedades ideales que nos dejen indiferentes, como la inteligibilidad de una ley matemática o la complejidad de una teoría. Lo

característico de esas propiedades reside en que nos hacen atractivos o repulsivos, en el sentido más general, los objetos que las ostentan. Son, pues, cualidades no naturales —en expresión de G.E. Moore— pues lo mismo se presentan en un sabroso alimento como en una acción ejemplar. Y sobre todo, lo distintivo de ellas es teñir los objetos como agradables o desagradables, buenos o malos, amables u odiables; por ellos las cosas provocan y reclaman una respuesta afectiva por parte del sujeto. No, por tanto, una mera respuesta teórica (como un juicio), ni siempre una respuesta práctica o volitiva (porque no siempre lo considerado exige su realización); ante lo que posee esas cualidades vivimos una respuesta sentimental, emotiva, afectiva, un íntimo pronunciarse a favor o en contra. Además, por lo dicho, ese reclamo lo experimentamos como proviniendo de las cosas; son ellas las que portan preferibilidad. Con otras palabras, las cualidades de valor son propiedades intrínsecas.

Así pues, según Scheler, toda teoría de bienes y toda doctrina ética con pretensión de autenticidad, de objetividad, debe basarse en una teoría de los valores, pues solo ellos dan sentido a los bienes y a lo ético.

La discusión con Kant es, en efecto, la más frecuente y detenida. Con el prusiano está enteramente de acuerdo en la insuficiencia de las anteriores soluciones en la historia de la filosofía moral; sólo una ética *a priori* puede mantener incólume la objetividad moral. Pero discrepa no menos de Kant en que ese apriorismo sea formal y legalista. La fenomenología ha abierto el camino para descubrir el apriorismo material: leyes aprióricas sobre valores con cualidad material.

Una vez sentadas las bases de la teoría de los valores de Scheler o de su fenomenología de los valores, y atisbado este pequeño debate que se produce en el campo de la filosofía práctica entre Kant y Scheler, creo interesante adentrarnos en el análisis que él mismo desarrolla en torno al concepto del resentimiento en la moral y que nos da argumentos en la discusión con Nietzsche.

En *El resentimiento en la moral* (1998), Scheler define qué entiende por resentimiento:

El impulso de la venganza y la distancia en la respuesta. Esto es, cuando un animal agredido muerde a su agresor, esto no puede llamarse

venganza. Dos caracteres esenciales para la existencia de la venganza son el refrenamiento y la detención, de tal forma que un acusado sentimiento de impotencia va enlazado. (p. 21).

El resentimiento queda por tanto circunscrito a la debilidad corporal o espiritual quedando, por su base, para los siervos y dominados por una susceptibilidad particularmente grande. Además es con frecuencia el síntoma de un carácter vengativo. La sed de venganza busca ocasiones para estallar. La sed de venganza conduce al resentimiento tanto más, cuánto más reprimida quede la ejecución de la venganza.

La crítica resentida se caracteriza por no querer en serio lo que pretende querer. No critica por remediar el mal, sino que utiliza el mal como pretexto para desahogarse. Del mismo modo, el disgusto porque otro posea el bien al que aspiro, no es envidia. La envidia no surge hasta fracasado el intento de adquirir dicho bien. De esta manera, nace la conciencia de la impotencia. La envidia más impotente es a la vez la más temible.

El resentimiento se aloja en personas débiles. El tipo del fuerte que valora vulgarmente es el ansioso mientras que el tipo del débil es el resentido. El ansioso es aquel para quien el ser más, el valer más en la posible comparación con otros, llega a constituir el fin de su ansia.

La persona resentida siente como una mágica atracción hacia fenómenos como la alegría de la vida, el lustre, el poder, la dicha, la riqueza, la fuerza. Pero al mismo tiempo le atormenta en secreto el deseo de poseerlos, deseo que ella sabe es vano; y esto determina a su vez una deliberada voluntad de apartar la mirada de ellos. A medida que esta desviación vence sobre la atracción de valores positivos, la persona se hunde en los males opuestos a aquéllos. De este modo, calumnia involuntariamente la existencia y el mundo, para justificar la última constitución de su vida valorativa.

Scheler explica este desprecio por el bien que la persona resentida no es capaz de conseguir con la historia del la zorra y las uvas verdes (1998):

Es la historia de la zorra y las uvas verdes. Cuando hemos luchado en vano por el amor y la consideración de una persona, descubrimos fácilmente nuevas cualidades negativas en ella, o nos conformamos y nos consolamos, diciéndonos que con la cosa a que tiende nuestro deseo no se consigue tanto, que la cosa no posee esos valores, o no los posee

en la medida que creíamos. Este tipo de casos no es todavía una falsificación de los valores. La zorra no dice que lo dulce es malo, sino que las uvas están verdes.

Creo que la impresión tan negativa que tenía Nietzsche sobre el resentimiento en la formación de la moral judeo-cristiana queda, al menos, respondida con las ideas que acabamos de atisbar de Scheler. Él mismo en su contestación a Nietzsche acaba con una sentencia citando a Goethe (1998, p. 54) «¿Que te quejas de enemigos? ¿Podrían ser amigos aquellos para quienes el ser que eres es, en secreto, un eterno reproche?»

Una moral es un sistema de reglas de preferencia entre los valores mismos, así pues, por moral entendemos las reglas de preferencia dominantes en las épocas y pueblos, no su exposición o sistematización filosófica y científica.

Creo, de acuerdo con Scheller (1998), que los valores cristianos son susceptibles con extraordinaria facilidad de transformarse en valores del resentimiento y, de hecho, es evidente que así ha sucedido con extraordinaria frecuencia. Cuando ha pasado esto ha sido más por la fragilidad del pensamiento humano que por la falta de robustez del pensamiento cristiano. Aún así, hemos de «afirmar que la semilla de la ética cristiana no ha germinado sobre el suelo del resentimiento, sino que es precisamente la semilla de la moral burguesa la que sí ha germinado sobre el resentimiento» (p. 59).

En el cristianismo, Dios ya no es para el amor de las cosas un eterno término en reposo que mueve al mundo como lo amado mueve al amante, sino que su esencia misma se torna amor y servicio. En lugar del eterno primer motor del mundo, aparece el creador que lo creó por amor. En el cristianismo el amar y el sacrificarse de esta forma por el débil, el enfermo, el humilde... nace de la interior seguridad y propia identidad vital.

El amor en la ética cristiana no es una institución de beneficencia psíquica; y no hay entre él y la propia felicidad ninguna antítesis. En el acto en que la persona se pierde a sí misma, gánese a sí misma para siempre. En el pasaje bíblico en que se le dice al joven rico que se desprenda de sus riquezas y las dé a los pobres, no es porque los pobres reciban algo, ni porque se alcance con ello un reparto de la riqueza más propio para el bienestar general; ni

tampoco porque la pobreza sea en sí mejor que la riqueza, sino porque el acto de desprenderse, la libertad y plenitud de amor espiritual que se da a conocer en este acto, ennoblecen al joven rico y lo hacen todavía más rico de lo que es.

La ética cristiana ha sido quizá uno de los patrones de comportamiento de los que más se ha escrito y reflexionado, ya sea tanto para apreciarla como para denostarla. Muchos escritores, entre los que me encuentro, defendemos que es absolutamente imposible concebir la civilización occidental, la construcción de Europa, las constituciones democráticas, la libertad política y en general nuestros valores constitucionales y democráticos al margen de una cultura cristiana, al margen de un determinado modo de concebir la realidad, o al margen de una determinada concepción de la persona que se convierte en este caso en prójimo, a imagen y semejanza del mismo Dios. Sin embargo, del mismo modo que es imposible pensar la civilización occidental sin que hubiera existido el cristianismo y, por ello, es absolutamente imposible pensar la ética cristiana al margen del Dios cristiano. Su *ethos* es inseparable de la concepción religiosa del mundo y de su concepción sobre Dios, propia del cristiano.

Finalmente me gustaría retomar una última palabra en torno al pensamiento de Scheler, me refiero ahora a la idea de filantropía y amor ilustrado hacia el hombre del que tanta gala ha hecho la modernidad y se ha esforzado tanto en separar de la concepción religiosa y de la misma ética cristiana. Scheler ha querido probar como el núcleo del movimiento moderno de filantropía universal se funda en el resentimiento, para ello basta considerar cómo este movimiento afectivo histórico-social obedece no a un impulso original y espontáneo hacia un valor positivo, sino a una protesta, a un contraimpulso (odio o sed de venganza) contra las minorías dominantes en posesión de valores positivos.

Scheler (1998) muestra como esta filantropía es la expresión de una reprimida repulsa frente a Dios, es la manifestación de un odio reprimido contra Dios. Dostoiewsky, en su obra *Los Hermanos Karamazov*, expuso de forma maestra esta idea, al describir la concepción de la vida y las maneras de valorar de Iván. Pero ahora debemos dejar a Scheler y su crítica a la filantropía moderna simplemente en un esbozo. Profundizaremos sobre este punto en otro momento.

5. LA VIDA AL SERVICIO DE LOS DEMÁS EN JESÚS DE NAZARETH

Dichoso el hombre que no camina aconsejado por malvados
y en el camino de pecadores no se detiene
en la sesión de los cínicos no toma asiento;
sino que su tarea es la ley del Señor
y medita su ley día y noche.
Será como un árbol plantado junto a acequias,
que da fruto en su sazón y su follaje no se marchita.
Cuanto hace prospera. (Salmos 1:1-3).

Jesús de Nazareth nos presenta la vida al servicio como el verdadero camino hacia la felicidad. Hay más alegría en dar que en recibir. La paradoja del Evangelio es presentar una vida de negación como camino hacia la felicidad.

La irrupción de Jesús implica el nacimiento de una nueva forma de entender la humanidad basada en el amor al prójimo, algo más que altruismo frente al egocentrismo, al individualismo o a cualquier otra forma de reduccionismo del concepto de persona. El ser humano pasa a ser el centro, pero palpitando en el corazón universal de Dios. Dios, lo espiritual, se convierte en la referencia. Y es ahí donde el ser humano adquiere su valor supremo.

Lo llamativo de esta propuesta es que parece estar escrita contra el sentido común. De hecho, parece ser más falsa y menos plausible de realidad que las propuestas éticas anteriormente presentadas. La propuesta cristiana aparenta menor racionalidad que las éticas filosóficas.

A pesar de ello tenemos a nuestra disposición numerosos testimonios que continuamente, tanto en los pasajes bíblicos, como en la vida de los santos testifican una vida feliz a pesar de la tribulación o quizá precisamente por salvar la tribulación, al más puro estilo orteguiano. La propuesta ética cristiana desarrolla su idea central basada en una vida al servicio del prójimo, en una vida vivida desde la entrega a los demás. Esta forma de vivir no solo aporta calidad a la existencia y felicidad personal, sino que también augura una eterna y bienaventurada vida eterna. ¿Qué más se puede pedir? Felicidad antes de la muerte y felicidad eterna después de este paso.

En las Escrituras encontramos numerosos testimonios de la esperanza en esta felicidad. Sirvan como ejemplo los siguientes:

- «Tú diste alegría a mi corazón, mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto» (Salmos 4:7).

- «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán» (Salmos 126:5).
- «Me mostrarás la senda de la vida. En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Salmos 16:11).
- «¿Tienes tú fe? Tenla para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba» (Romanos 14:22).
- «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará» (Juan 12:25).

Creo conveniente traer a este punto la pregunta de si la ética cristiana procura una buena vida aquí y ahora, esto es, intentar atisbar la pregunta por la felicidad en el presente, o si el cristianismo solo plantea una buena vida en el aquí como mediación para intentar alcanzar una vida más auténtica cuando acabe nuestro paso por este mundo. Entonces sí dejaremos este valle de lágrimas.

La moral cristiana, quizá con demasiada frecuencia ha despreciado nuestra realidad, nuestro mundo. El mundo es algo pecaminoso, la única forma de alcanzar la salvación es despreciar el mundo y sus placeres terrenales. Dando por hecho de este modo que el placer, en sí y por sí es algo malo y que debemos evitar para practicar la ética cristiana. Afortunadamente el Papa Francisco, entre otros muchos pensadores cristianos, ha reflexionado sobre este asunto en su encíclica *Laudato si*. Cito esta última precisamente por ser la más actual y no tanto por ser éste el tema central de la encíclica. Pues bien, *Laudato si* transmite un mensaje optimista y alentador. El mundo ha sido creado por Dios y debemos cuidar de él. Nuestra realidad, creada por Dios y adornada por el ser humano está hecha para goce y deleite de las personas.

Así pues, la ética cristiana no solo postula una existencia eterna plena de felicidad sino que busca dar sentido a la existencia del aquí y ahora. No tiene sentido presentar una ética cristiana gris y aburrida en espera de disfrutar de la verdadera vida cuando todo esto se haya acabado para nosotros. La ética cristiana apuesta por una llamada a la felicidad también en la tribulación, precisamente encontrando el sentido último de la vida humana. En el fondo se trata de reconocer que la felicidad tiene que ver con el sentido que le podamos dar a nuestra vida.

La ética cristiana se pregunta pues por el sentido de la vida. La ausencia o presencia de sentido en nuestra vida, vacía o llena nuestra realidad, nuestra existencia. Me parece muy ilustrador el libro de Victor Frank *El hombre en busca de sentido*. El psiquiatra plantea en este libro cómo solo es posible superar las peores circunstancias cuando hay un porqué. Ese porqué encuentra siempre el cómo. El sentido que le podamos dar a nuestra vida lo es todo en la búsqueda de la felicidad. Del mismo modo, la falta de sentido, el no saber hacia dónde se va o, incluso peor, si da igual hacia donde se vaya, esa falta de sentido, esa falta de proyecto está llamando a la abulia, está llamando a la amargura, está llamando al vacío existencial, está llamando a la pena, a la tristeza, a la melancolía, a la soledad...

La ética cristiana ayuda a dar sentido a la vida, ayuda a dar sentido a lo más irracional de nuestra existencia, al sufrimiento y al dolor inherente en la condición humana y al mal que se produce a nuestro alrededor. La vida cristiana convierte al hombre en alguien profundamente orgulloso no por sus cualidades o capacidades, sino por sentirse hijo de Dios. La ética cristiana te aporta esa energía del que se siente querido y amado. El cristiano sabe que, aunque se sienta solo y abandonado, Dios nunca le deja, siempre hay Alguien que le quiere, que le sostiene, que le da seguridad, paz y tranquilidad. Por eso al cristiano no le está permitida la tristeza, la soledad o la pena.

La vida cristiana te hace mejor persona, te abre a las necesidades de los demás y te ayuda a sentir el sufrimiento del hombre. El cristianismo te abre a los demás. La ética cristiana no se entiende alejada del compromiso por los demás, por la mejora de nuestra sociedad. El cristiano sabe que, al final de sus días, Dios no le preguntará si le ha querido mucho o poco a ÉL, sino que le dirá que le muestre sus obras, lo que ha hecho por los demás, tanto por los amigos como por los enemigos. Si no, ¿qué mérito tendría?

La ética cristiana habla del compartir con todos, con independencia del color de la piel o de la apariencia física. La caridad todo lo cura, la caridad todo lo consigue. ¿Cómo nos iría si realmente nuestra sociedad occidental creyera más en esta forma de vivir? Comparar la solidaridad cristiana con la filantropía ilustrada suena a broma. El compromiso radical de tantos y tantos creyentes que, de una forma laica o consagrada, apuestan por una forma de vivir radical, por una ética que invita a dejarlo todo por el Reino, o sea, por los demás, especialmente por los que menos tienen, es realmente el mensaje de

Jesús. Esta es la razón por la que muchas personas dejaron y dejan sus familias para compartir su vida con los que menos tienen, para ayudar a otros a que puedan encontrar el sentido a su propia existencia.

La ética cristiana está alejada de toda ideología política. La religión es mucho más que la política, aunque la política está inundada de aspectos religiosos. ¿Cómo imaginar la democracia occidental sino hubiera existido el cristianismo, si este no hubiera irradiado una influencia cultural, o sea, una ética? No es el momento para hablar de éste asunto pero, sin lugar a dudas, la religión, toda creencia religiosa, debe ocupar un espacio en la vida pública, porque el espacio público es de nadie pero potencialmente de todos, también del cristiano.

6. EDUCACIÓN MORAL COMO VÍA DE SOLUCIÓN

Hasta aquí he tratado de esbozar cuatro respuestas éticas a la vida humana. La ética es pensar en cómo vivir pero sobre todo vivir. Todas las respuestas que hemos ido analizando son diferentes, a veces incluso opuestas, pero también tienen elementos en común y en la mayoría de las ocasiones complementarios. He tratado, en la medida de lo posible, atisbar las respuestas que se dan entre ellas.

Hablar de ética, en cualquier caso, es hablar de educación en valores, es decir, de educación. La propuesta ética que se debe dar en un centro educativo debe ser en el contexto de la pregunta por el sentido de la vida, en el marco de la pregunta por el quién soy yo, cómo quiero ser, qué quiero conseguir, cómo me gustaría vivir, con quien y dónde... La ética en un ambiente educativo debe contextualizarse en la respuesta a la búsqueda de sentido en la vida de nuestros alumnos, de nuestra sociedad. Vivir la vida desde una perspectiva ética es en palabras de Ortega, hacernos cargo de nuestro destino.

La pregunta ética no se puede abordar únicamente en una asignatura, ni siquiera solo en la asignatura de ética. La pregunta ética se debe afrontar desde la educación infantil en adelante como un aprendizaje vital. La educación ética debe globalizarse en todas y en cada una de las áreas. La ética se debería trabajar en el aula y fuera del aula, en los espacios interiores de un centro educativo y en los patios del colegio, en las actividades de cada día y

en las actividades más extraordinarias, en las actividades en el horario lectivo y en las actividades extraescolares, en el currículo formal y en el currículo oculto. La ética, en definitiva, debe impregnar la práctica educativa. El espacio educativo debe convertirse en un lugar donde la pregunta ética se plantea con claridad y sobre la que se reflexiona. La escuela es un lugar en el que el ciudadano crece éticamente y por eso nuestra sociedad puede crecer éticamente.

6.1. ¿Educar sin valores?

La educación en valores se sitúa a veces entre los temas controvertidos dentro de un claustro de profesores. Para algunos docentes, la educación moral es algo que no afecta al colegio, la educación en valores es territorio exclusivo de las familias y algo en lo que las instituciones educativas no deben entrar. El colegio tiene como proyecto educar, esto es, instruir en contenidos. La educación moral les corresponde a las familias y solo a ellas.

Antes de concluir este pequeño ensayo sobre la propuesta ética en el contexto escolar, creo que es necesario abordar el debate sobre la conveniencia o no de la educación moral dentro del colegio.

El primer argumento es rotundo: es imposible educar al margen de la ética. En la medida en que vivimos, valoramos. Es imposible vivir sin actuar y actuar es decidir, decidir es valorar y valorar es tomar decisiones en cuanto a los valores. Todas nuestras actuaciones, hasta el suicidio, como señala Emile Durkheim, tienen un componente social e influyen y crean sociedad. Somos seres humanos, es decir, políticos, hechos para vivir en una comunidad política, en la sociedad y no podemos no influir.

No existe el profesor neutro éticamente. Existe el profesor que escucha al alumno o que no lo hace, que se pone en la piel del alumno o no, que trata de ayudar a los que menos posibilidades tienen o no, que trata de solucionar los conflictos dentro de un aula o que, por el contrario, mira para otro lado. Un profesor que hace que sus alumnos se sientan queridos por él y que este sentirse especial les haga cumplir su trabajo con más alegría y mejor, o el profesor que pasa absolutamente desapercibido para sus alumnos porque trata de demostrar que ni siente ni padece, ni le importa nada de lo que a sus alumnos les pueda pasar fuera de las cuatro paredes de su aula.

El segundo argumento tiene que ver con la función social que tienen las instituciones educativas. Función social y normalizadora. Los valores de nuestra Constitución están destacados en el artículo 1 de la misma: pluralismo político, justicia, libertad e igualdad. ¿Acaso es posible hablar de educación sin hacer referencia y practicar la libertad, la igualdad y la justicia?

El tercer argumento es exclusivo para los centros privados y/o concertados de cualquier tipo de titularidad que, además, poseen un ideario educativo que las familias elegimos voluntariamente, sobre todo, y precisamente, porque es lo que les hace diferentes: su educación en valores y también su educación religiosa.

Es imposible hablar de educación en Educación Infantil, o en los años de primaria y secundaria, sin hablar de valores. ¿Cómo se puede ser profesor y no hablar y ser ejemplo de puntualidad?, o de limpieza, de orden, de buenas maneras, de respeto por los demás, de empatía, de amistad; o del valor de la verdad, de perseverar en el esfuerzo, del valor de ser tenaces, del valor de decir la verdad en lugar de la mentira, del valor de la fidelidad o de la confianza y la lealtad... ¿Cómo va a solucionar un profesor un conflicto en su aula si no es bajo una llamada al valor del diálogo o en torno al valor que esté en conflicto? ¿Es esto adoctrinar? Cada día, en su quehacer, el maestro está respondiendo éticamente a sus alumnos. Nuestras respuestas, nuestro modo de acoger al alumno educa en valores. Es imposible que un maestro no influya, ya sea para bien o para mal. Es imposible no influir.

6.2. La Educación en valores y los sueños

La tarea fundamental del profesor es educar, enseñar. Es fundamental que el profesor sea una persona capaz de ayudar a sus alumnos a adquirir y madurar los conocimientos o contenidos propios de cada edad, ya sea en matemáticas, lengua o idiomas. De igual manera, otra tarea fundamental del educador es facilitar y ayudar a que sus alumnos vayan conociendo a la persona que vive con ellos mismos, es decir, ayudarles en su propio autoconocimiento.

El educador debe colaborar y promover la reflexión para que cada alumno sea capaz de descubrirse como alguien original, único, que sea capaz de descubrir sus gustos, sus tendencias, sus reacciones, sus debilidades, sus fortalezas, sus sueños, su camino, su destino. El buen maestro es aquel que ayuda a salir a sus alumnos de la mediocridad, del *todo vale*, de la conformidad que en

muchos de ellos camina a sus anchas, de la angustia en la que muchos de ellos viven en querer ser simplemente como los demás y no querer diferenciarse. El educador debe ser capaz de sacar de cada alumno su mejor versión.

La importancia de conocerse vertebra el hecho de que cada alumno sea capaz de identificar y descubrir lo que quiere hacer con su vida. En esta decisión se juegan una parte muy importante de su futuro. ¡Qué importante es que los alumnos se lleguen a conocer a sí mismos!, que puedan identificar sus sueños o, a veces, por desgracia, su falta de sueños y su falta de ilusión de la que no suelen ser siempre conscientes.

Señales inequívocas de apatía y de falta de ilusión suelen ser la desgana a la hora de afrontar cada pequeña tarea, el miedo que bloquea la libre decisión ante momentos vitales e importantes de la vida de un alumno y, sobre todo, la falta de motivación para estudiar. Y es que, efectivamente, en muchas ocasiones, el no saber lo que se quiere causa tal malestar que afecta vitalmente a todo lo que el alumno toca. Esta desgana solo se puede combatir con objetivos, con sueños, con trabajo, con un querer llegar al sitio deseado. Dotar a nuestra existencia de un porqué y de un para qué es lo que antes hemos definido como buscar el sentido a nuestra vida. Eso a lo que nadie puede renunciar si quiere vivir una vida con la mínima dignidad ética.

El sentido de nuestra vida no puede ser algo único, universal y casi eterno. Al contrario, entiendo que éste debe ser dinámico, pues dinámica es la persona y su existencia, pero cuanto más claro se sientan nuestras líneas de vida, más fácil nos será acomodarnos a un destino a pesar de las variables que cada día se nos vayan presentando.

La educación en valores es educación en el descubrimiento de mi ser, de mis gustos, de mis anhelos, de lo que quiero conseguir. Es tomar conciencia de quién soy y del momento que vivo. Es importante que el maestro sea una muleta o un apoyo en la consecución de los sueños, de las ilusiones de sus alumnos. Las ilusiones existen para cumplirse con la ayuda de los maestros o, a veces, y por desgracia, a pesar de los maestros, que pueden correr el riesgo de etiquetar con relativa facilidad a sus alumnos haciendo un análisis extremadamente superficial de cada alumno por diversas causas (desde la falta de profesionalidad hasta la falta de intuición o empatía).

En muchas ocasiones, el maestro intenta tapar sus propias carencias a través de la negación de la propia genialidad en el alumno. Por eso, es importante

que el maestro tenga sueños, que el maestro tenga un vida interior muy rica, que el maestro tenga un equilibrio emocional consolidado para poder conocer, comprender y ayudar.

Es importante que el educador valore su vida, valore su historia y, en caso de que él mismo no se vea como un genio, que al menos reconozca que sus alumnos sí pueden serlo y les dé cuantas más alas mejor. Creamos en ellos, en sus capacidades.

Los sueños deberían marcar la vida de las personas. Durante mi etapa docente en secundaria y bachillerato veía con estupor como tenía delante de mí en muchas ocasiones a cuarenta alumnos que, al ser preguntados por sus cualidades, por aquello que se les daba bien, por lo que hacían mejor que nadie, o cuando se les preguntaba en qué les gustaría trabajar en el futuro, se quedaban en la mayoría de las ocasiones sin respuesta, como si después de haber vivido ya 18 años de su vida, aún no tuvieran ni la más remota idea de quién o de cómo era la persona que moraba en su cuerpo durante las 24 horas del día. Qué pena llegar a esta situación. ¿Cómo no va a existir el fracaso universitario, si los alumnos comienzan una carrera sin tomarse a veces en serio su propia vida?, sin tener una conciencia seria de quienes son y de qué les gusta. ¿Cómo no va a existir un gran desencanto en muchos trabajadores españoles, si en muchas ocasiones nos encontramos con personas a las que no les gusta su vida profesional y no saben ni cómo modificar el rumbo de sus vidas, ni qué nueva dirección tomar?...

La educación en valores es educación en el autoconocimiento y en descubrir cuáles son nuestros anhelos y nuestras limitaciones. Tomar conciencia de quienes somos. La educación en valores es saber hacia dónde queremos caminar y cómo nos gustaría vivir nuestra vida. Es educación en la perseverancia, en la voluntad, en la determinación. Es la educación en ser capaz de conseguir lo que quiero, en poder lo que quiero. El pusilánime, en palabras que Ortega escribe en su obra *Mirabeau o el político*, es aquel que frente al magnánimo no es capaz de conseguir sus deseos y llora.

El pusilánime tiene un alto componente de rencoroso. El pusilánime odia al que sí es capaz de conseguir sus anhelos. Weber lo describe maravillosamente en su parábola de la zorra y las uvas verdes: la zorra al no ser capaz de conseguir las uvas, comienza a publicar por todos los sitios que las uvas están verdes y que no merece la pena hacer nada para conseguir las uvas.

La educación en valores es educación en la fortaleza, educación en la aceptación de nuestro cuerpo, educación en la honestidad y en la fidelidad.

Estamos llegando al final y me gustaría resaltar la labor fundamental que tienen las familias en la educación moral de los niños, sus hijos. Al fin y al cabo, la responsabilidad primera y última, aunque compartida, de la educación moral depende de las familias. Los educadores no dejamos de ser un apoyo, tanto más eficaz cuanto más es la compenetración. Cuánto más de acuerdo estamos las familias con los educadores, cuanto mejor hablamos todos de todos, tanto mejor son los resultados en la educación en valores.

Las familias, precisamente por esta responsabilidad a la que no pueden renunciar, tienen la obligación y la libertad de poder buscar y decidir la educación para sus hijos que mejor se acomode a sus valores, salvando, por supuesto, los valores de la constitución.

Quiero acabar dejando constancia de la imposibilidad de educar en la asepsia moral. Es imposible, no se puede no entrar en ninguna valoración moral. El docente vive sumergido en la resolución de los conflictos de sus alumnos. No se puede dejar de decidir cada día entre lo bueno y lo malo, entre lo que es bueno y deseable y lo que es malo y deleznable. Es ontológicamente imposible educar sin que el alumno pueda percibir las valoraciones de su profesor y de la institución en la que se desarrolla la transmisión de contenidos. Así pues, puesto que es imposible no educar en valores, elijamos los valores adecuados para educar a niños felices.

El hombre está hecho para vivir en sociedad y con ello alcanzar la felicidad. Los valores constituyen el fondo significativo de la experiencia emocional, son las cualidades ideales que intuimos emocionalmente mientras realizamos una acción. No son un conjunto de impresiones caóticas, son un mundo lleno de orden y sentido. Forman un reino jerárquico, en el que todo valor es captado siempre como más alto o más bajo.

Para Scheler, la moralidad del acto depende de la experiencia emocional personal del valor que lo origina. En la ética cristiana, el valor moral depende del contenido del acto obrado, ya se trate de un acto interno o externo.

En cualquier caso, la educación moral, la educación en valores, puede generar los recursos suficientes y sentar las bases necesarias para que el hombre se sienta cómodo con su vida, esto es, feliz. De ahí la imposibilidad de inten-

tar atisbar un camino hacia la felicidad personal paralelo a una rigurosa vida ética, es decir, buena.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1974). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- Benedicto XVI. (2007). *Spe Salvi* (Encíclica).
- Beneyto, J.M. (1993). *Apocalipsis de la modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Donoso Cortés, J. (2002). *Discursos políticos*. Madrid: Tecnos.
- Kant, I. (2001). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Maquiavelo, N. (1998). *El Príncipe*. Madrid: Temas de hoy.
- Nietzsche, F. (2002). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ortega y Gasset, J. (1986). *Mirabeau o el político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pintor-Ramos, A. (1997). *Scheller*. Madrid: Ediciones del Orto.
- Ratzinger, J. (2005). *El cristiano en la crisis de Europa*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Rousseau, J. (1994). *El contrato social o los principios de derecho político*. Barcelona: Edicomunicación.
- Sánchez Cuesta, M. (2003). *Ética para la vida cotidiana*. Madrid: Ediciones del Orto.
- Sánchez-Migallón, S. (2007). *Max Scheler*. Recuperado de <http://www.philosophica.info/voces/scheler/Scheler.html> [Consulta: 15/04/2016].
- Scheler, M. (1998). *El resentimiento en la moral*. Madrid: Caparrós Editores.
- Tocqueville, A. (1988). *La democracia en América* (vol. II). Madrid: Aguilar. Madrid.
- Weber, M. (1972). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Weil, S. (1996). *Echar raíces*. Madrid: Trotta.

CITA DE ESTE ARTÍCULO (APA, 6ª ED.):

Rodríguez López, A. (2016). Ética y felicidad: Propuestas éticas para la educación en valores. *Educación y Futuro: Revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, 35, 113-141.